

Dame tu corazón. Joyce Carol Oates

Hay un tópico que solemos emplear para referirnos al libro de un autor: «Es, sin duda, su obra maestra» y presenta un problema irresoluble en la literatura de Joyce Carol Oates que escribe, si se me permite la osadía, una obra maestra cada vez que escribe.

Hace años que pienso en reseñar algún libro suyo y no he sido capaz de seleccionar uno. *La hembra de nuestra especie; Mágico, sombrío, impenetrable; Blonde; Qué fue de los Mulvaney; Ave del paraíso*. Es curioso que otros autores ganen o pierdan fuerza dependiendo del género que cultivan, como le ocurre a Alice Munro cuando se aleja del relato, mientras Oates cincela los perfiles de la inquietud literaria tanto en ensayo o relato como en novela formulando preguntas a través de sus atmósferas, sugiriendo perversas analogías entre la mente del perturbado/a de su relato y el lector sin darles una respuesta diáfana jamás. El relato que reseñamos hoy, *Dame tu corazón*, le da nombre al libro espléndido de relatos que debería estar en la cómoda de cualquier buen lector o de cualquier aspirante a escritor.

Comienza como una declaración, una misiva que el doctor K (debemos pensar) tiene en las manos. La narradora nos anuncia el tiempo que ha transcurrido desde la última vez que se vieron: veintitrés años, casi veinticuatro. El «casi» no es anecdótico: esos nueve meses y once días que menta tienen que ver con su nacimiento.

El doctor K atendió su nacimiento. La narradora se ha enterado de que el doctor pone sus órganos a disposición de la humanidad. Así que ella reclama el que le corresponde, el corazón.

En unas pocas palabras lanza un vaticinio de muerte: el doctor está condenado a morir en breve, lo que no sabe la narradora es cuándo será, porque los «accidentes» son imprevisibles, ni si se irá acompañado de algún familiar más. ¿Se trata de una amenaza real o de una simple prognosis sobre la vejez rondada por la muerte y bañada por el despecho? La firma de la carta (Ángel), dice la narradora, debe obligar al médico a recordar. Y cuando lo recuerda, o imagina la redactora de la carta que lo recuerda, empieza una nueva salva de recriminaciones: ¿por qué tendrías que acordarte de mí? Vives en una casa señorial, has triunfado.

¡No pretendo hacerte daño, doctor K! De verdad que no.

¿Alguien podría saber si esto es cierto o no? Negar y después reafirmar lo negado se podría tomar como un cuestionamiento (no ya del doctor, sino de ella misma) de la primera negación. Hábilmente, la narradora relaciona la carta y su inquietante naturaleza con la policía y la estupidez que sería tomársela a mal: no es ilegal reclamar un corazón, diantre.

La narradora nos hace ver al hombre estrujando la carta, ofendido, pero también nos hace ver que vuelve a ella al considerar que cualquiera podría leer esos papeles dentro de la mansión y complicarle la vida, por lo que continúa leyendo antes de destruirla.

Por supuesto, no puede faltar el metarreclamo al lector en un texto de Oates. Hasta ahora lo que sabemos es que esto podría ser un puro folletín. Una muchacha se enamoró de un hombre que le prometió algo y más de veinte años después de lo que ocurriera, él ha seguido con su vida y ella no; pero Oates sugiere hábilmente al lector que si el doctor continúa leyendo la carta es por algo, y que el lector debería seguir leyendo atentamente si quiere enterarse «de algo».

No siento rencor, no abrigo obsesiones. He tenido una carrera de moderado éxito. Soy la araña negra y plateada que posee la particularidad de tejer telarañas medio improvisadas, tanto de forma circular como de embudo, y de errar por el mundo a su antojo en el que se siente en casa ya sea en la hierba mojada o en los interiores secos, oscuros y protegidos que son obra de la mano del hombre. Con una mordedura venenosa, a veces letal para los seres humanos, sobre todo los niños.

Pero si algo empieza a quedar meridianamente claro es que esa carrera está salpicada por el rencor que siente hacia el médico, un rencor que la lleva a acecharlo porque hubo un tiempo en que el seminarista (el doctor K es director de un seminario) estaba maravillado por la «impecable piel de Vermeer» o el «cabello hilado en oro» que acariciaba.

Pero yo no tenía ni idea —te oigo protestar—. No le había dado motivos para creer, para esperar... (¿Que fuera a tragarme tus declaraciones de amor? ¿Que te tomara la palabra?) Cariño mío, mi corazón es tuyo. Siempre lo será, para siempre. Últimamente, doctor K, mi piel ya no está inmaculada; es la piel de una mujer madura que no hace ningún esfuerzo por ocultar su edad. Para que conste, era la mujer con gabardina que esperaba en la cola de la librería universitaria mientras firmabas ejemplares de La vida ética: retos del siglo XXI.

Este estremecedor párrafo condensa la perfidia de la traición y el sufrimiento que la protagonista revive cada día a manos de alguien que, además, ha hecho su fortuna hablando de ética. También se cruzó con él en el museo, en el que llevaba a su nieta Lisle de la mano, que según la protagonista estaba menos ciega que el abuelo y sí la reconoció.

Es difícil saber cómo tomarse todo esto, pues la nieta de cinco años no podría reconocerla, pero sí es cierto que los niños tienen una sensibilidad especial para detectar ciertas energías. Quizá su intención de dañar es lo que hace que la niña la reconozca, o quizá son solo imaginaciones de una mente herida. Una mente que no soportó el rechazo de Jody (el auténtico nombre del doctor K por el que casi nadie lo llama) y Ángel se abrió las venas en su bañera.

Nos enteramos después de que el *affaire* se produjo mientras él estaba con su primera esposa, Evie, cuyo sostén económico no podía perder.

¡Pobre Evie! Una muerte «accidental», un misterioso vehículo que da un bandazo e invade la acera azotada por la lluvia, un conductor que se da a la fuga sin testigos...

Las dudas martillean impertinentes en la cabeza del lector a estas alturas, que no sabe, es imposible que sepa, si Evie fue asesinada por su marido, por la amante, se suicidó o fue solo un «accidente». Porque el doctor, en lugar de quedarse con la amante, huye a Alemania con sus dos hijos y Ángel se queda sola, con un suicido frustrado y la noticia del año relampagueando en la comunidad educativa: el doctor K se ha vuelto a casar tras dieciocho meses de luto. Su segunda esposa también sufre un accidente, pero sale ilesa.

Las enternecedoras quejas de una vida deslavazada y una mente rota se suceden hasta que volvemos al museo, donde la protagonista se encontró con el hombre y su nieta, y nos confiesa que escondía bajo la manga una cuchilla afilada (probablemente la misma con la que se había intentado suicidar) que ha aprendido a blandir «con pericia y valor». Se diría que incluso ha practicado los movimientos homicidas todos estos años para vengar la afrenta.

Invisible tanto de día como de noche, sigo hilando la tela que brota de mis entrañas. Incansable y leal... Feliz.

Que juzgue cada lector lo que esa felicidad representa y si la venganza comporta la relajación del sufrimiento, pues ella misma sabe que solo llora la pérdida de su vida, ya no ama a ese doctor egoísta y cínico que es la auténtica araña que hila las tramas y succiona las vidas de las criaturas que se acercan.

La narrativa de Oates pertenece al reino de la inconcreción, de la atmósfera inquieta, de la acción narrativa lenta que se desmadeja de forma contenida hasta el momento de máxima saturación del lenguaje, cuando en lugar de darnos la respuesta que como lectores añoramos, nos da un final que multiplica por diez los interrogantes.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Taller de narrativa
El Electrobardo